

Cassia Vera

Luis Baizán

 Safe Creative  Todos los derechos reservados

Editado por LDB, 2016

www.luisbaizan.com

Facebook: facebook.com/luisbaizanescriptor

Instagram: [luisbaizanescriptor](https://instagram.com/luisbaizanescriptor)

Twitter: [@luisbaizan](https://twitter.com/luisbaizan)

A quienes creen que todavía es posible crecer juntos.

Personajes

Ricardo

Amario

Vanidia

Eladia

Reina Arlena

Rey Oriz

Concordio

Bufón de corte

Guardias de salón (2)

Guardias de castillo (3)

Berdjen

Katlo

Mujeres del consejo (2)

Hombre del consejo

Criada de Concordio

Bufones de pueblo

Sirvienta de sala

Sirvienta de cocina

Cocineros

Prólogo

Narrador

Hace siglos, en una tierra lejana a ésta, habitaban un rey y una reina. Bajo su dominio, el pueblo que gobernaban no era feliz. Lo que van a ver a continuación es algo que sucedió de forma extraordinaria. Una bella historia que nos enseña cómo cambiar la injusticia en justicia.

Acto primero

(En un bosque frondoso. Los mirlos y zorzales juegan al escondite entre las ramas de los árboles. En la lejanía se pueden escuchar cascos de caballos entremezclados con cornetas desafinadas y ladridos de perros)

Ricardo: (Entra un caballero, corriendo y mirando hacia todas partes) ¿Dónde se ha metido? Estoy seguro que esta vez sí le he dado. Trae mi lanza Amario, rápido.

Amario: (Un escudero, le sigue, jadeando) No sigo su ritmo mi señor. Podríamos tener un descanso....

Ricardo: ¿Descanso? No pararé hasta darle caza. Estamos muy cerca, seguro estoy.

Amario: Mandad a los perros, mi señor. Ellos tienen mejor olfato que nosotros dos.

Ricardo: No generalices. Además, la caza pierde gracia con los podencos.

(Entran dos muchachas, con cestas en las manos, recogiendo frutos y plantas, sin mirar a los dos hombres)

Amario: ¡Mi señor, mi señor! ¡Dos campesinas! Nos podrán decir algo del venado herido.

Ricardo: (Mirando a las mujeres) Baja la voz, querido Amario. Acerquémonos como quien no quiere la cosa.

(Se aproximan a las jóvenes, que continúan en su tarea de recolección)

Ricardo: Perdonen. Mi escudero y yo querríamos saber si han visto algún ciervo herido por aquí.

Eladia: No, caballeros, no hemos visto... (Le corta la otra mujer)

Vanidia: y si hubiéramos visto algo, no diríamos nada. (Dice esto sin mirar a los caballeros)

Amario: Veo en usted poco respeto ante el heredero de la corona. (Sube el tono de voz poco a poco)

Ricardo: (Calmándolo). Tranquilo amigo, no me reconoce.

Vanidia: Claro que no. No lo reconozco ni a su padre ni a él. (Arranca pequeños trozos de la corteza de un árbol)

Amario: ¡Qué insolente, mujer!

Ricardo: Sepa usted, que haré oídos sordos a lo que acaba de decir. Mi padre ha hecho mucho por este reino y no se merece tal trato.

Eladia: ¿y el trato que da a su pueblo? ¿Acaso nos refugió en el castillo durante el asedio de los norteños?

Vanidia: (Ahora mira a los mozos). Hablas de respeto y buen trato. Pero él nos desprecia, abandonándonos a nuestra suerte. Ni siquiera nos da tierras para cultivar.

Amario: Señor. Abandonemos a esta terca mujer. Seguro que forma parte de alguna rebelión contra la corona.

Ricardo: (No haciendo caso de su escudero). Mi padre...mi padre reina justamente por su pueblo y para su pueblo. Ha evitado muchas guerras por vosotros. ¿Es así como lo agradecéis?

Eladia: ¿Guerras? Evita guerras contra otros reinos pero las tiene en su propia tierra. Nos tiene olvidados, menos para recaudar impuestos.

Amario: Señor, le suplico que volvamos al castillo. Esta conversación es absurda e innecesaria. Ya se dice por ahí que más terca es una mujer que un centenar de bueyes en el campo.

Vanidia: Sí. Huid a vuestra fortaleza. ¡Cobardes nobles! Vivís en un mundo de ensueño. Pero es irreal y engañoso.

Eladia: No te esfuerces Vanidia. Es evidente que nunca han dado un paseo por el poblado más cercano.

Ricardo: (Dirigiéndose a Vanidia) Mujer, observo mucho odio en sus ojos....a pesar de ser tan hermosos. (Cuando termina la frase, mira hacia abajo)

Vanidia: ¿Ahora me vienes con adulaciones?

Amario: Mi señor Ricardo. Vayámonos, se hace tarde. El sol está cayendo (señala al horizonte).

Ricardo: Señora. Partir debo ahora. Puede pedir audiencia al rey, si lo desea, para tratar algún asunto. Vaya en mi nombre.

(Ambos jóvenes dejan el lugar)

Eladia: ¿Has oído eso Vanidia? Audiencia con el rey.....Debes contárselo a tu padre enseguida.

Vanidia: Todo esto me parece confuso. Por un lado me da rabia la ignorancia del príncipe, pero por otro...

Eladia: ¿Por otro qué?

Vanidia: Por otro siento que es sensible. Cercano a nosotros.

Eladia: ¿Crees que es sensible, ojos hermosos? (Sonríe)

Vanidia: No seas estúpida. (Se ruboriza) Recojamos más corteza del canelo, que nos esperan en casa para cenar.

Acto segundo

(En el salón del rey. Dentro del castillo Atlante. Estandartes cuelgan de las grandes paredes de ladrillo y un techado de madera guarda el calor del lugar. Es la hora de la cena. Aparecen sentados el rey, la reina, su consejero, dos guardias a los lados y un bufón).

Reina Arlena: ¡Oh marido! Me aburre este nuevo bufón que me trajisteis del desierto.

Rey Oriz: ¡Pues pagué quinientas monedas de plata por él!

Concordio: ¡A la hoguera con el truhan, a la hoguera! (El bufón se agacha y tapa la cara cuando escucha esto)

Rey Oriz: De hoguera ni hablar. Me saldría más cara la quema que mantenerlo aquí.

Reina Arlena: Mi rey. Tu clemencia te honra y da ejemplo a tus súbditos.

Concordio: La honra no está reñida con la justicia y este bufón no tiene gracia. ¡A la hoguera! (El sirviente le tira algo del suelo)

Dos guardias: (Dan tres golpes al suelo con sus alabardas) ¡El príncipe acaba de llegar, el príncipe acaba de llegar!

(Entra el príncipe Ricardo con su escudero)

Reina Arlena: ¿Qué tal la caza, hijo mío? ¿Fue certera vuestra lanza?

Ricardo: No traigo cabeza de venado ni ave.

Rey Oriz: Sin embargo, tu rostro no muestra la tristeza de otras veces cuando vienes con las manos vacías...

Ricardo: No padre. La verdad es que hoy no me preocupa el haber llegado sin nada en el morral de caza.

Reina Arlena: ¿Te sientas a cenar con nosotros?

Ricardo: No tengo hambre, madre. Las preguntas revuelan en mi cabeza.

Concordio: Como consejero del rey, estoy altamente preparado para responder cualquier cuestión.

Rey Oriz: ¿Qué te inquieta, Ricardo? Aquí nos tienes a tu madre, a mí y a... Concordio.

Ricardo: Me gustaría hablar contigo a solas, padre. No es cuestión de desconfianza, es que no sabría explicarlo.

Rey Oriz: Me impacienta la incertidumbre. Salgamos fuera.

(El rey se levanta, toma por el hombro al príncipe, y juntos se apartan a un lado del salón. Amario se dispone a ir con los nobles.)

Reina Arlena: Amario detente.

Concordio: Detente Amario. (La reina mira a Concordio y frunce el ceño.)

Amario: (Hace una reverencia.) ¿Mi reina?

Reina Arlena: ¿No tienes nada que contar? ¿Qué le acontece al ánimo del príncipe?

Amario: Lo cierto es que....

Concordio: Ciertas son muchas cosas. Es el hombre quien se encarga de tornarlas inciertas (Dice esto señalando al escudero).

Amario: ¡Qué bien conoces los significados de la mentira!

Reina Arlena: Cálmate, vasallo. ¿Qué le preocupa al príncipe?

Amario: Hemos tenido una pequeña discusión con dos campesinas. Insultaron la legitimidad del propio rey. Yo intenté disuadir al príncipe para que nos marcháramos pero.... (Queda en silencio).

Reina Arlena: Pero... (El bufón se acerca hasta los pies de Amario para escucharlo con atención de cuclillas).

Amario: Ricardo no me hizo caso y una de las campesinas continuó replicando. Lanzando calumnias contra el rey. Lo peor de todo es que... (Concordio interrumpe, gritando).

Concordio: ¡Eso es injuria a la corona!

Reina Arlena: Si lo que me cuentas es verdad, esa campesina debe ser apresada inmediatamente. (Concordio se frota las manos)

Amario: Pero majestad. La muchacha parecía joven e ignorante. Le ha cegado su necesidad.

Reina Arlena: ¡Guardias! (Entran tres hombres armados y se colocan alrededor de Amario. El bufón corre a esconderse a una esquina). ¡Acompañad a este hombre! ¡Os llevará hasta una jovencueta que vive en el pueblo! ¡Apresadla!

Amario: Pero mi reina. Ni siquiera sé dónde puedo encontrarla. (Se encoge de brazos, sorprendido)

Reina Arlena: Ni siquiera la búsqueda de una simple campesina debe ser obstáculo difícil para un fiel escudero.

(Salen Amario y los tres guardias)

Concordio: Mi señora. Ha hecho usted lo correcto. (Aplauda eufóricamente) ¡Bravo, bravo!

Reina Arlena: Si no son los mismos soberanos de un imperio los que se encargan duramente del cumplimiento de las leyes, ¿qué hombre o mujer las respetará?

Concordio: Sus palabras, reina Arlena, son sabias.

Reina Arlena: Y ahora, terminemos de cenar esta fría comida.

Acto Tercero

(En una humilde casa de Aldea Ribera. Es el hogar de Vanidia. Aparecen sentados un joven y otro hombre de avanzada edad limando palos de madera)

Katlo: Padre. Estoy cansado de fabricar flechas para un asedio incierto.

Berdjen: ¿Qué poca fe tienes, hijo mío? Es más fácil creer en algo que no hacerlo. Nadie te podrá negar nunca algo con total seguridad.

Katlo: Somos un centenar de hombres contra una fortaleza que oculta trescientos infantes. ¿Es cuestión de fe?

Berdjen: ¿Es que quieres vivir siempre en estas condiciones? Porque si es así, estas flechas bien nos pueden valer para leña.

Katlo: Apenas estamos instruidos en la lucha. Somos carpinteros, herreros, panaderos y mesoneros...Pienso que no llegaremos lejos.

Berdjen: Más vale la propia voluntad que mil espadas.

Katlo: No me importaría empuñar una.

Berdjen: Ni a mí. Pero debemos contentarnos con lo que poseemos. Y ser valientes.

Katlo: Padre, quizá las aldeas fronterizas puedan unirse a esta lucha. ¿Por qué no pedir ayuda?

Berdjen: Esas villas no quieren problemas. Prefieren vivir con poco sin rechistar, que arriesgarse a perder por ladrar.

Katlo: ¡Ganaríamos todos!

(En ese momento aparece Vanidia y Eladia Su padre se levanta y le da un abrazo)

Eladia: (Mirando a Katlo) ¿Qué tal el día?

Katlo: (Sin mirarla) Bien, prima querida, muy bien.

Vanidia: Padre, nos ha ocurrido algo sorprendente en el bosque.

Eladia: ¿Más sorprendente para ti que para mí, verdad? (Dice sonriendo mientras mira hacia arriba)

Berdjen: Cuéntame hija mía.

Vanidia: Estábamos recogiendo corteza, cuando se acercaron dos hombres. Uno de ellos resultó ser el príncipe Ricardo. Al no conocer su rostro, lo ignoré. Incluso hablé de nuestra causa. De lo que pensamos.

Eladia: El joven heredero se quedó prendado de los hermosos ojos de vuestra hija. (Vuelve a sonreír)

Vanidia: Lo verdaderamente importante es que, después de discutir, me concedió una audiencia con el mismísimo rey en su nombre.

Katlo: ¿Audiencia con el rey? ¡Estupideces! El rey no entiende de diplomacia. Solo comprende la riqueza y el poder a base de sangre.

Berdjen: No tan rápido en tus juicios, hijo. Quizá podamos utilizar en nuestro favor esta audiencia.

Katlo: Te estás haciendo viejo, padre...

Eladia: ¿Qué forma de hablar es esa, Katlo?

Berdjen: Mañana mismo, reuniré al consejo del pueblo para tomar una decisión al respecto.

Eladia: Tío, hemos traído muchas ramas abiertas.

Berdjen: Id limpiándolas. Tu primo y yo sacaremos agua del pozo.

(Los dos hombres salen por un lado del lugar. Las muchachas se sientan, sosegadas, en las butacas que tienen por asiento y comienzan a despojar la tierra de las cortezas)

Vanidia: ¿A qué viene mencionar lo de ojos hermosos a mi padre?

Eladia: Pensé que sería un detalle interesante. Además...debe resultar ilusionante que el hijo del rey se fije en ti.

Vanidia: Tonterías. Lo dijo para tranquilizarme.

Eladia: Te conozco bien, querida prima. No quites peso a sus palabras. Lo has enamorado con tu fuerte carácter.

Vanidia: Reconozco que es diferente a lo que pensaba. Lo creí siempre un príncipe consentido y repelente. Por lo que sus vasallos contaban.

Eladia: Y has comprobado que no es así. Sino amable, cortés...

Vanidia: Caballeroso...sensible...

Eladia: y...guapo.

Vanidia: Muy guapo. (Declara sonrojándose)

(En ese momento llaman a la puerta. Se escucha una voz fuera del escenario)

Guardia 1: ¡Abrid en nombre del rey!

Eladia: (Asustada, se agarra a su prima). Vanidia, ¿qué hacemos?

Vanidia: Permanezcamos en silencio.

Guardia 1: ¡Abrid la puerta o la echaremos abajo!

Vanidia: Abre la puerta Eladia. Nada podemos hacer.

(Eladia sale de la habitación. Después vuelve corriendo, para abrazarse con fuerza a Vanidia. Tras ella

aparecen dos guardias y Amario)

Guardia 2: En nombre del rey Oriz, venimos a arrestar a una joven llamada Vanidia. ¿Quién es de vosotras dos?

Vanidia: ¿Arresto? ¿De qué se la acusa?

Guardia 1: De insulto a la corona. (Las dos muchachas se miran, perplejas)

Eladia: Yo soy Vanidia, a quien vosotros buscáis. (Avanza hacia ellos)

Guardia 2: Vasallo (dirigiéndose a Amario). ¿Es ésta la acusada?

Amario: (Mira dubitativo a Vanidia durante unos segundos. Después entiende que es una farsa y les sigue el juego). Sí, es ella.

Vanidia: ¡No, querida prima! ¡No lo hagas!

Eladia: Confía en mí. Todo irá bien.

(Los guardias la cogen por los brazos y salen del hogar junto a Amario. Vanidia cae de rodillas y solloza, desconsolada)

Acto Cuarto

(En una de las salas del castillo. Las cortinas de los grandes ventanales ondean por la brisa que llega del exterior. El rey Oriz y su hijo hablan)

Ricardo: Y entonces ella, dijo que no me reconocía ni a mí ni a su persona, padre. Que no éramos dignos ni legítimos por descuidar al pueblo.

Rey Oriz: ¡Calumnias! Esa mujer debe ser juzgada por su delito.

Ricardo: Pero padre, ¿es cierto que no hay tierras de cultivo para ellos?

Rey Oriz: Las habría si cumplieran con los impuestos acordados.

Ricardo: Muchas veces he visto sus pobres condiciones de vida en las aldeas...

Rey Oriz: Viven así porque quieren. Deben trabajar para mí y no protestar tanto.

Ricardo: Son grandes familias y apenas tienen para comer. Son altos los impuestos que se les pide.

Rey Oriz: Hijo mío, ¿qué clase de mujer te ha nublado la vista? ¿Piensas que cincuenta monedas por

familia al año son impuestos altos?

Ricardo: Deben serlo si les parece injusto.

Rey Oriz: El pueblo tiene lo que se merece, ni más ni menos. (Afirma con autoridad y soberbia)

Ricardo: ¿Y yo merezco todo lo que poseo, sólo por ser tu hijo?

Rey Oriz: Querido Ricardo. Tienes que ver más allá. Reinar es ardua tarea y si queremos un territorio fuerte, debemos empezar por nosotros mismos. Tu abuelo era débil. Por eso perdimos tantas tierras al norte.

Ricardo: ¿Crees que yo también soy débil?

Rey Oriz: Yo no he dicho eso. Pero la sangre no miente.

Ricardo: (Frunce el ceño) Sangre... Tampoco miente la sangre de los hijos que la derramaron por ti y contra ti. Aquellos que deseaban vivir en paz, sin enemistad entre los clanes y las casas del reino.

Rey Oriz: A veces, se necesita caminar por los senderos de la guerra para abrazar la estabilidad de un trono fuerte.

Es esto lo que tienen que entender los súbditos, de nuestros pueblos y aldeas, como esa muchacha que conociste en el bosque.

(En ese momento entra Concordio)

Concordio: Mi rey. Hemos encontrado a la campesina. (Ricardo se vuelve hacia el consejero, sorprendido).

Rey Oriz: Estupendo, consiliario obediente. Una vez más, te adelantas a mis deseos y mandamientos.

Concordio: (Caminando hacia el rey, se arrodilla exageradamente e inclina su cabeza) Mi vida te debo, indulgente, próspero y justo monarca.

Rey Oriz: Debo suponer que la aldeana se encuentra en las mazmorras del castillo.

Concordio: Supone bien, mi soberano. Su nombre es Vanidia. (Mira de soslayo al infante).

Rey Oriz: Mañana mismo será juzgada. En este momento debo retirarme a mis aposentos para descansar. (Se levanta y desaparece de la habitación)

Ricardo: (Nada más salir su padre, corre hacia Concordio y lo agarra del traje con los puños cerrados). ¿Qué has hecho, rata charlatana?

Concordio: Un trabajo necesario. (Sonríe)

Ricardo: Envenenas con tu lengua el oído de mi padre y disuades a mi madre con tus negros pensamientos. (Lo suelta)

Concordio: ¿Dónde está tu calma, principito? ¿Qué te impulsa ahora, la fuerza del odio o la del amor?

Ricardo: Cualquiera de las dos podría quitarte la vida, consejero despreciable. Mi primer día de reinado será el último para ti en Las Tres Coronas. (Sale del lugar)

(Concordio se sienta. Resopla. Oye unos pasos y segundos después, aparece una criada)

Criada: Mi señor. Como solicitó, ya hemos encontrado nuevos bufones y juglares para los nobles.

Concordio: Magnífico, criada. La cena de mañana será una grata sorpresa para nuestra reina. Está cansada de ese aburrido bufón.

Criada: Estoy de acuerdo. Será toda una sorpresa.

Acto quinto

(Casa de Vanidia. Han pasado dos horas desde que la guardia real se llevara a su prima)

Vanidia: Quizá esté siendo torturada, padre. (Se abraza a él). Y todo por mi culpa.

Berdjen: No desesperes, hay un plan en marcha.

(Llaman a la puerta. Berdjen sale y vuelve con dos hombres encapuchados.)

Hombre encapuchado: Tu prima está bien, Vanidia.

Vanidia: ¿Cómo aseguráis tal cosa? (En ese momento, el hombre se quita la capucha) ¡Príncipe Ricardo!

Ricardo: Tenemos que hablar...

Vanidia: No tengo nada que hablar contigo.

Ricardo: Yo no sabía nada.

Amario: La culpa ha sido mía. (Dice antes de quitarse la caperuza que le ocultaba el rostro. Vanidia se tapa la boca con una mano) No tuve más remedio. No pude mentir a la reina.

Ricardo: Las malas artes de mi consejero han conseguido que tu prima esté ahora en los calabozos.

Berdjen: Pero el mismo, sin saberlo, ha montado su propia trampa.

Vanidia: Estoy desconcertada. (Se sienta)

(En ese momento, Katlo surge de un lado)

Katlo: Padre, el consejo del pueblo ya está aquí. (Entran dos mujeres y un hombre)

Mujer 1 del consejo: Buenas noches Berdjen, buenas noches Vanidia.

Berdjen: Contadme. (Cruza los brazos)

Hombre del consejo: El consejero del rey encargó a sus sirvientas que buscaran una compañía de juglares y bufones para la cena real de mañana.

Mujer 2 del consejo: Una de sus criadas, que en realidad está de nuestro lado, vino a comunicárnoslo. Así que hemos ideado un plan.

Katlo: ¿Vamos a hablar esto delante del príncipe y su traidor escudero?

Berdjen: Hijo mío, el heredero comparte nuestras ideas.

Mujer1 del consejo: De todas formas, este consejo debe ser fiel a sus principios. Sólo sus miembros pueden estar presentes.

(Salen todos menos Ricardo, Amario y Vanidia)

Ricardo: Siento lo que ha pasado. A veces pienso que nací en la familia inadecuada.

Vanidia: Supongo que ahora entendéis mis palabras en el bosque.

Amario: Mi señor, voy a ver cómo están los caballos. (Ricardo parece no hacerle caso y su escudero sale de allí).

Ricardo: Mi padre debería escuchar a sus súbditos con la intención de atenderlos mejor.

Vanidia: Creo que seréis un buen rey. Tanto, que incluso estimaréis prohibir la caza.

Ricardo: ¿Prohibir la caza? No tiene nada de malo divertirse con el venado.

Vanidia: Observamos a un ciervo correr, asustado, justo antes de que llegais. Jamás os hubiera dicho que lo vimos.

Ricardo: ¿Nunca habéis pasado un buen rato tirando piedras a los pájaros?

Vanidia: ¿Qué culpa tiene un animal de vuestro aburrimiento?

Ricardo: Admito que comienzo a sentirme culpable. Me abruma el ímpetu con el que defendéis vuestros ideales.

Vanidia: Pretendo haceros cambiar de parecer.

Ricardo: Le falta muy poco para lograrlo

Vanidia: Entonces no me esforzaré mucho más. (Apunta sonriendo)

Ricardo: Quizá sea, como dices, el mundo más bello si no hacemos daño por disfrute.

Vanidia: Te aseguro que así es.

Ricardo: Aunque no más que vuestra mirada.

Vanidia: (Ruborizada) Ricardo, casi está amaneciendo. En el castillo os deben estar echando en falta.

Ricardo: El castillo y sus habitantes poco me importan ahora.

Vanidia: ¿No os esperan para cenar?

Ricardo: Prefiero pasar el tiempo a vuestro lado. Escuchando vuestra voz.

Vanidia: Debo confesaros que tal afirmación es mutua.

Ricardo: Agradezco vuestra sinceridad.

Vanidia: Nunca me enseñaron a esconder los sentimientos.

Ricardo: Si estoy soñando, no quiero despertar jamás.

Vanidia: Entonces permítidme que os pellizque.

(La joven extiende el brazo hasta la mejilla del infante. Cuando está a punto de tocarlo, regresa el consejo)

Ricardo: Es hora de marcharme. (Declara con torpeza)

(El príncipe desaparece del hogar. Anochece.)
Acto Sexto

(En las mazmorras del castillo. Corretean los ratoncillos. Hay tres celdas y en una se encuentra Eladia. Un guarda custodia la entrada)

Eladia: (Canta)

La oscuridad, me envuelve hoy,
Sublime luz, retorna a mí.
No hay compasión, sola estoy,
Si muero luz, será por ti.

Mi dulce sol, oye el clamor,
Clavada estoy, duele mi piel.
Regresa aquí, quita el dolor,
Conviérteme, en lo que debo ser.

Guardia: (Da un golpe sordo en el suelo) ¡Calla mujer! Acentúas mi dolor de cabeza.

Eladia: Hay un remedio antiguo para tal aflicción... (Se ve interrumpida por otro golpe en el suelo)

Guardia: ¡No me interesan los remedios, ni antiguos ni nuevos! Usted cálese, que es lo que le estoy pidiendo.

Eladia: Exprima cinco o seis moras, luego añádale tres hojas de menta, vierta medio cazo de agua y caliéntelo a fuego lento. Cuando empiece a hervir... (Calla de nuevo ante otro quejido del guardia)

Guardia: ¿No entiende mi lengua, mujer? Si sigue hablando, me veré obligado a entrar ahí y teparle la boca por la fuerza.

Eladia: Cuando empiece a hervir, introduzca en el cazo dos buenas raíces de romero y deje enfriar. No falla.

Guardia: ¿Ha acabado? Habla demasiado. No me extraña que esté aquí.

Eladia: ¿Suele ser tan gruñón con su familia?

Guardia: A usted que le importara eso. Además, déjese ya de charlas, que no es mi problema que esté encerrada.

Eladia: Ese es el problema. A nadie le preocupa el dolor ajeno.

Guardia: (Mira a su derecha e izquierda) Verás chiquilla. Yo vengo aquí, al castillo. Trabajo mi tiempo, protegiendo a sus habitantes y cuando termino, vuelvo a casa con mi familia. Nada me importa más.

Eladia: Si uno de sus hijos estuviera en peligro, y se viese incapaz de ayudarlo... ¿no pediría ayuda? ¿Se quedaría de brazos cruzados?

Guardia: No a todos nos preocupa lo mismo.

Eladia: Te equivocas. Existen conflictos que debemos afrontar juntos. Le pondré un ejemplo sencillo. Supongo que conocerá la táctica de caza que posee el lobo cuando va solo. Persigue a una manada de corzos o ciervos hasta que uno de los venados se desvía de la misma dirección, en la que corren los demás.

Sus presas son más rápidas, pero la debilidad de ella es no ir hacia el mismo lado. ¿Me entiende? (Saca media cara entre los barrotes de la puerta de la celda)

Guardia: Perfectamente. ¿Qué tiene que ver conmigo eso ahora?

Eladia: Pagas impuestos altos, no posees tierras de cultivo, la corona quita propiedades heredadas, ejércitos de otros reinos ocupan tu casa cuando es necesario...

Guardia: Voy entendiendo lo que tratas de decir (Mira al suelo con cara de decepción)

Eladia: Es posible si lo realizamos entre todos. Luchemos por lo que es nuestro. Vayamos en una misma dirección.

Guardia: Podría ser. Sin embargo, vivo bien ahora. Quizá en un futuro. No quiero hacerme difícil la existencia.

Eladia: ¡Bueyes tercos sin razón! (Da una patada a la puerta de la celda)

Guardia: ¡No vociferes, mujer! Aguanta tu rabia para defenderte en otra ocasión.

Eladia: (Grita enfadada) ¿Sabes por qué estoy aquí? Porque estoy pagando por un mal ajeno, de forma voluntaria. Prefiero sacrificarme por conseguir un bien común que seguir viviendo como gusano de cebo.

(Se oyen pasos. Aparece una figura alta y delgada. Arrastra los pies. Es Concordio, quien se detiene en la puerta de la celda)

Concordio: ¿Cómo está hoy nuestra joven reo? (Eladia parece no enterarse) ¿No contestas? No importa. Ya gritarás cuando te estés quemando viva. (Ríe a carcajadas. Da media vuelta y comienza a andar)

Eladia: (A regañadientes) Títere.

Concordio: (Volviendo) ¿Has musitado alguna cosa?

Eladia: Títere. Títere perverso e inhumano.

Concordio: (Ríe de nuevo) No está mal. Me gusta. Suena como...maléfico.

Eladia: Maldita locura.

Concordio: (Se dirige al guardia) ¡Vasallo! Que esta vil mujer no cene nada esta noche.

Guardia: Pero señor, no puedo hacer eso sin el consentimiento del rey o la reina.

Concordio: ¿Y quién soy yo, idiota? Soy su voz, su mano derecha, su bastón de apoyo, su punta de lanza, su ejecutor. Su todo. Ellos no pueden ser ellos sin mí. (Grita) ¿Te das cuenta, pobre hombre? ¡Yo estoy por encima del rey! (Su sonora risa sube haciéndose desagradable, mientras regresa por donde vino. Sale de las mazmorras)

(La luz del lugar va apagándose. El guarda y la celda pasan a tinieblas. La risa del malicioso consejero continúa oyéndose, alejándose.)

Acto Séptimo

(Ha transcurrido un día desde la reunión del consejo. Es la hora de la cena en el salón del castillo. Entran dos mujeres.)

Sirvienta de sala: ¡Que día más ajetreado! Primero fui al mercado, luego a las cocinas, después... (La interrumpe la otra sirvienta).

Sirvienta de cocina: ¡Oh, calla, calla! Deja de quejarte tanto. Parece que eres la única que trabaja aquí.

Sirvienta de sala: A veces pienso que sí. Sobre todo al compararnos con los nobles.

Sirvienta de cocina: Acuérdate siempre que el servicio es un don y no todos lo tienen. Mucho menos los duques, condes y príncipes.

Sirvienta de sala: Ya, pero es injusto que por nacer en una familia campesina tengas menos derechos que alguien que nace con sangre real.

Sirvienta de cocina: Hablando de real. Queda poco para la cena. Voy a las cocinas que ya tienen que estar listos los primeros platos. (Sale de escena y regresa al rato, con dos cocineros, que portan varias bandejas)

Sirvienta de sala: ¿Has oído lo de esa campesina? ¿Aquella que difamó la persona del rey?

Sirvienta de cocina: Pobre muchacha. Mañana mismo será juzgada. Si nadie lo remedia, en la hoguera será quemada.

(Entran dos guardias con sus lanzas y se colocan detrás de la mesa. Las dos sirvientas salen dándose prisa con exageración. Cuando los guardas están colocados dan tres golpes unísonos al suelo)

Guardias: Sus majestades los reyes ¡Sus majestades el rey Oriz y la reina Arlena!

(Aparecen los reyes seguidos de Concordio y se sientan. Luego aparece el bufón arrastrándose)

Concordio: ¿Por qué nos persigue esta sabandija aburrida?

Rey Oriz: No seas cruel, Concordio. ¿Qué mal te hace?

Reina Arlena: Esposo mío, ¿Está todo listo para el juicio de la muchacha?

Rey Oriz: Todo preparado. Mañana, al alba, tendremos sentencia justa para esa muchacha.

Concordio: Prepararemos una buena hoguera para el atardecer, entonces... (Ríe)

Rey Oriz: ¡Que manía tienes con el fuego, consejero!

Reina Arlena: Desde ayer no veo a nuestro hijo. Me disgusta su ausencia.

Concordio: Algunos dicen que deambulaba la pasada madrugada por el poblado.

Rey Oriz: Más le vale llegar a tiempo para la cena. Los lechones fríos no saben a nada.

Reina Arlena: Mi rey, vuelvo a insistir. Este bufón no me hace reír.

Rey Oriz: Pues ya puedes ir buscándole la gracia, porque no pienso comprar otro.

Concordio: No se preocupe, mi reina. Aquí su consejero ha tenido la gran idea de prepararle una sorpresa a su altura. (Le coge la mano y le besa el anillo).

Reina Arlena: ¿Con qué me vas a sorprender esta vez, querido Concordio?

Concordio: (Moviendo mucho las manos comienza a responder). Tengo el placer de presentar a sus majestades los reyes, una compañía de juglares, magos y trovadores llegados del Este. (Da tres palmadas a un lado del escenario y corre a sentarse)

(Salen Katlo, Berdjen, Vanidia y dos muchachos más del pueblo disfrazados de bufones, haciendo malabares y trucos. Suena música de flautas y tamboriles de piel seca. Casi al terminar, el hermano de Vanidia deja en medio del salón una bolsa.)

Rey Oriz: ¡Bravo, bravo! (Aplauda)

Reina Arlena: Gracias Concordio. Al fin algo bueno en el castillo. (El consejero lleva la palma de su mano al pecho, reconociendo el agradecimiento).

Katlo disfrazado: Querido rey. Deseamos hacer un último truco con cuerdas. Pero necesitamos que su persona se preste voluntario.

Rey Oriz: Por supuesto jovencito. (Sale de la mesa y se coloca en medio del salón)

Katlo disfrazado: También me gustaría pedir la ayuda de su majestad la reina y del excelentísimo consejero, vendándose los ojos. (Se levantan. Berdjen y su hija le tapan los ojos con dos pañuelos).

(Los dos restantes bufones maniatan al rey y lo sientan en el suelo. Después, Berdjen saca una espada de la bolsa y la pega al cuello del monarca)

Rey Oriz: ¿Qué estáis haciendo? (Se despojan de los disfraces. Los guardias corren hacia Berdjen)

Katlo: ¡Guardias, soltad las alabardas o vuestro rey morirá! (Los soldados obedecen)

Reina Gadiel: (Se quita la venda de los ojos y descubre, sorprendida, que su majestad se halla inmovilizado) ¡Haz algo Concordio!

Concordio: ¡Seréis ahorcados por esto, pobres desgraciados!

(Uno de los bufones le da un golpe en la cabeza con una maza)

Katlo: Vanidia, toma esta espada. Ve a buscar a tu prima. (Antes de marcharse, aparecen Ricardo y su escudero)

Ricardo: Espera, te acompaño. Las mazmorras se encuentran bien custodiadas.

Rey Oriz: ¿Ricardo? ¿Nos traicionas?

Reina Arlena: Me rompes el corazón, hijo mío. (El infante sale corriendo junto a la joven)

Berdjen: Por largo tiempo, has permanecido mudo y sordo ante un pueblo que pedía ayuda.

Katlo: Y sin embargo, parece disfrutar aquí, en esta fortaleza construida a base de sangre y sudor de nuestros abuelos.

Amario: Nuestros niños pasan hambre, nos faltan tierras para cultivar.

Berdjen: Los impuestos son injustamente altos.

Rey Oriz: ¿Pensáis que es fácil administrar este reino?

Katlo: Aquí sobran las monedas de oro. Con razón los reinos vecinos os llaman Oriz el próspero.

Reina Arlena: ¡Callad insensatos!

Amario: ¿Hablas de sensatez, cuando poseéis un consejero loco y retorcido?

(Vuelven Eladia, Vanidia y Ricardo)

Rey Oriz: Ricardo, defiende tu futuro reino.

Ricardo: Ya lo hago, padre. Antes estaba ciego, pero ya veo.

Reina Arlena: ¡Esa descarada te ha nublado el entendimiento!

Ricardo: No madre. Me ha hecho entender que nuestra posición privilegiada no puede ser usada para beneficio propio.

Berdjen: Queremos un rey justo. Pero que gobierne junto a un consejo de lugareños.

Concordio: ¡Valiente estupidez! (Angustiado)

Ricardo: Y que este consejero patán sea exiliado.

Concordio: Príncipe... ¿Qué habéis estado bebiendo?

Ricardo: Estoy muy sobrio, lengua de serpiente.

Rey Oriz: Si acepto tal condición, demostraré debilidad ante los otros reinos. Perderé mi recio mando, mi sólido trono, mi honorable autoridad...

Katlo: Basta de habladurías. No queremos el poder en una misma persona.

Berdjen: (Oprime con fuerza el pescuezo del soberano) El pueblo deberá gobernarse mediante una asamblea conjunta de aldeanos y el rey.

Reina Arlena: Estáis delirando, viejo.

Berdjen: Si no aceptáis tal circunstancia, hoy morirá un rey.

Ricardo: ¿Qué decís, padre?

(Tras un silencio, Oriz comienza a asentir con su cabeza)

Rey Oriz: Sea como pedís. Acepto, desde hoy, tomar las decisiones que atañen a Las Tres Coronas, bajo el consentimiento de un consejo que represente al burgo.

(Berdjen le quita la espada del cuello y lo desata. Los reyes se abrazan. Concordio sale corriendo. La escena se entenebrece)

Acto Octavo

(En uno de los jardines cercanos al castillo. Ricardo y Vanidia cenan frutos silvestres. Han pasado dos lunas desde aquella noche en la que el rey perdió su poder absoluto en el reino)

Vanidia: ¿Qué es lo primero que harás cuando seas rey?

Ricardo: Prohibir la caza. (Dice pensativo)

Vanidia: ¿Qué pronto cambias de parecer?

Ricardo: He llegado a la conclusión de que toda bestia de esta tierra no merece sufrir daño por entretenimiento. Su libertad no puede ser privada por la necesidad humana.

Vanidia: Empiezas a entender que ser libres nos permite llevar una vida mejor.

Ricardo: Y respetarnos unos a otros...

Vanidia: Ayudarnos...

Ricardo: Mostrarnos amor. (Asiente sonriendo)

Vanidia: Más amor por unos que por otros, supongo... (Ríen los dos)

Ricardo: Y lo segundo que haré... (Cruza los brazos y cierra los labios)

Vanidia: ¿Qué será? (Toma un racimo de frambuesas) ¿Echar a Concordio?

Ricardo: (Ríe a carcajadas) No creo que haga falta echarlo. En cuanto me vea en el trono, huirá para ocultarse en las montañas Albas.

Vanidia: ¿Entonces? (Habla con la boca llena)

Ricardo: Pedirte en matrimonio.

(Vanidia, sorprendida, escupe las frambuesas. Después abraza a Ricardo. La tarde cae.)

Narrador: Y así fue como aquel reino, cambió su destino. No faltaron las guerras, pero la vida mejoró gracias a la valentía de unos pocos hombres y mujeres, que se arriesgaron por sus ideas. Ricardo y Vanidia se casaron, siendo reyes ejemplares durante toda su vida. Pero esa es otra historia.